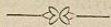




### CONCLUSION.



**C**uando el objeto que se propone el Papa Leon XIII con la restauracion del santísimo Rosario, es la restauracion del espíritu de oracion. Cuando los hombres llegan á no saber orar, están perdidos sin remedio, ya que, como con grande elocuencia dice san Juan Crisóstomo, el hombre no pudiendo nada en el órden sobrenatural, encontrándose desnudo de todo bien, tiene, no obstante, la facultad de orar, con la cual puede alcanzar todo lo necesario. El hombre moderno es tan desgraciado porque no ora; hay tantos suicidios, tantas personas caídas en la sima de la desesperacion, tantos enfermos del alma sin remedio, tantos tristemente presos en las cadenas de los

vicios, porque no levantan el corazon y la voz á nuestro Padre que está en los cielos, y que se complace en remediar á sus hijos de la tierra. La oracion es el distintivo del cristiano; en los primeros siglos de la Iglesia el carácter ó marca que distinguía al cristiano del gentil era que el primero oraba, y el segundo no; y el cristiano que no oraba era tenido por gentil. Si no pedís no recibiréis, dice el Evangelio; y la fórmula de nuestras peticiones, el memorial de nuestras súplicas, *la forma más hermosa, más conveniente á nuestros tiempos, de más fácil uso y más fructuosa y útil* de nuestras oraciones es el santo Rosario (1). Dios todopoderoso impone á la imperfectísima criatura humana la tremenda audacia de hacerse perfecto y semejante á Él; por vicio de nuestra naturaleza nos deslizamos fácil y suavemente por la pendiente de la perdicion; y por exigencia

(1) Leon XIII en la Encíclica *Quod auctoritate apostolica* hablando del espíritu de oracion dice: «...Rosarii Marialis apud christianos florere consuetudinem, obtinere noscitur, eam esse hujus ipsius spiritus precum, de quo loquimur, partem et formam quamdam pulcherrimam, eademque convenientem temporibus, usu facilem, utilitate uberrimam.»



de nuestro nobilísimo sér racional y por la más noble calidad aún de hijos de Dios que poseemos, estamos obligados á trepar por las ásperas veredas del cumplimiento del deber y de la imitacion de Cristo. Este Hombre-Dios es, segun la expresion de Tertuliano (1), el *catholicum Dei templum*, es el Templo universal de la humanidad; debemos, pues, orar en Cristo, con Cristo y por Cristo. El edificio ó armazon del Rosario está formado por la consideracion de la Encarnacion, Vida terrena, Pasion y Vida gloriosa del Hijo de Dios; nuestro espíritu, pues, al rezar el Rosario se cobija bajo las bóvedas del único y universal Templo de la humanidad, Cristo Jesús; aquel Templo que, segun la expresion del mismo Redentor, una vez destruído en tres días fué reedificado en su gloriosa Resurreccion; aquel Templo en el cual únicamente es lícito ofrecer sacrificios. Las oraciones que en el Rosario rezamos las ofrecemos á Dios juntamente con Cristo; Él es el principal orador, nuestra oracion es tan sólo una oracion *vicaria*, cuyo valor depende de su consonancia con la oracion de Cristo.

(1) *Adversus Marcion.* Lib. III.

Esta doble naturaleza de la oracion cristiana, evidentísima en el Rosario, que, como Jesucristo de cuya boca procede, la constituye un Sér divino-humano, una oracion que á la vez procede de Dios y del hombre, explica su maravillosa fuerza y las admirables transformaciones que actúa en la sociedad. Ésta de continuo pierde fuerzas; despues de gigantescos trabajos, muchas veces mal empleados, encuéntrase abatida; cuando se ha violentado su fecundidad queda estéril; y reducida á sí misma, siguiendo la ley general de todos los seres limitados, vendria á descomponerse y á perecer. Así han perecido las sociedades humanas de un órden puramente natural; las sociedades que han recibido la uncion del Espíritu de Dios son inmortales, y en caso de morir es porque han expelido á aquel Espíritu de vida. David caracterizó perfectamente las sociedades puramente naturales diciendo que eran carne, *spiritus vadens et non rediens* (1), un soplo que sale y no vuelve y se disipa; una vida transitoria y momentánea; una forma fugitiva en el rio de las humanas generaciones,

(1) Psalm. LXXVII.



sin posibilidad de ulterior restauracion, *non rediens*. Nuevo es el edificio de la civilizacion moderna, sus fundadores y arquitectos son de ayer, y no obstante la fastuosa construccion está cuarteada y amenaza ruina; se oye ya el sordo ruido que precede al derrumbamiento. ¿Quién reconstruirá el edificio? Dios y sólo Dios. Su Vicario en la tierra, con sobrenatural prevision, ha trazado ya los planos de la familia y de la sociedad humanas, en sus admirables Encíclicas sobre el matrimonio y la constitucion cristiana de los Estados, y ha fiado su ejecucion no á los políticos de la tierra, no á los hombres del antiguo régimen, ni á los estadistas de los tiempos presentes, ni á los doctores y profetas del porvenir; sino al espíritu de oracion, capaz de resucitar los muertos. Mueren los hombres y mueren los pueblos cuando han exhalado el espíritu; entonces á la vida sigue la podredumbre del sepulcro. Si los pueblos son aún viables cúranse con la oracion, que multiplica la centellica de espíritu próxima á extinguirse por los desbordamientos de la carne; si el pueblo ha muerto, si la sociedad ya no existe, si el espíritu se ha ya del todo apagado, si sólo quedan restos

esparcidos por los suelos, huesos que fueron vivos, el hombre de oracion se sienta en medio del campo de la muerte, sembrado de despojos, y levantando su voz, divinizada por la oracion, dice: Huesos áridos, oid las palabras del Señor (1). Manda á los secos huesos que se acerquen unos á otros, que se junten y formen el esqueleto, y despues les intima la vida; y los huesos, como si fuesen raíces capaces de echar tallos, cúbrense de carne nueva, y resucita con nuevo vigor lo que estaba muerto. La accion divina que siempre se ejerce sobre el mundo, la oracion que de continuo obra milagros en la sociedad, nunca es más visible que en el nacimiento y en la muerte de los pueblos. Orfeo, en quien quiso ser simbolizado nuestro Señor Jesucristo, educa á los bárbaros pueblos primitivos, amansa las fieras al son de la lira, con la celestial música de la oracion; así á nuestra vista surgen cada día nuevos pueblos á la vida de la civilizacion, empujados hácia ella por los santos misioneros de la Iglesia católica. Ezequiel resucita los muertos, junta los huesos, les inspira el soplo de vi-

(1) Ezech. xxxvii, 4.



da; sociedades cristianas que desaparecieron, reaparecen á la voz del Romano Pontífice, las ruínas se convierten en edificios, el pueblo católico se organiza de nuevo y establécense otra vez las cátedras de verdad, donde por largos siglos sólo se oyó la voz de la herejía ó de la supersticion. Vemos restaurar obispados y florecer iglesias en donde hace poco sólo se veian ruínas. El espíritu es el que vivifica; y el espíritu procede de la oracion como el calor procede del sol. La oracion es el alimento, es la vida del hombre y de todo el humano consorcio, es el vínculo de union entre las partes, es la sangre que circula por el cuerpo y le da vida, es Dios en nosotros. A una efusion del Espíritu divino corresponde la renovacion de la tierra, el ornato del mundo y el aumento de su virtualidad; y la oracion es siempre la aurora de este nuevo dia. La Iglesia, ha dicho un escritor del campo racionalista, es la eterna renovadora, porque el soplo de su boca es Cristo, porque ora sin interrupcion; la contemplacion divina es la vida de la sociedad y la oracion el latido de su corazon. Nuestro siglo inquieto y ligero no comprende la importancia de la oracion; una buena parte de

los cristianos piensa que el mundo ha de mejorarse con discursos y periódicos; los que fian la salvacion social á los medios humanos dicen que la sociedad entrará en vias de curacion cuando se adopten los sistemas que ellostaman; y los contemplativos y los que oran son olvidados de los unos, y despreciados y perseguidos por los otros. No comprenden la admirable fecundidad de la oracion y la contemplacion. Como las nubes van al mar y traen de allí las aguas que fertilizan las tierras, así las almas que se ciernen en Dios en los dilatados espacios de la oracion, cobran una fecundidad admirable. Sólo Dios es fecundo; toda paternidad y potencia viene de Él. Moisés nos muestra el Espíritu extendiendo sus alas sobre la naturaleza informe y vacía, y á su calor desarrollarse el mundo vivo; Orfeo con grosería infantil canta la Fuente de vida:

*Juppiter, o divum rex longe maxime, fama  
Inclyle, qui volvis te stercora fetida circum;*

porque no podia declarar de otra manera, dice san Gregorio Nazianceno (1), la fuerza

(1) Adv. Julian. Imp. prior invect.



vital y fecunda de Dios. Dios *sicut erat in principio et nunc et semper*; olvidémonos, pues, antes de nuestra mano derecha que del sumo Dador de todo bien; péguese nuestra lengua al paladar antes que dejar de alabarle continuamente. Repitamos la oracion que Cristo vino á enseñarnos, use el pueblo cristiano, con creciente amor, la bella combinacion, y fórmula de nuestro Padre santo Domingo y el Espíritu de Dios llenará la tierra. María posee la plenitud del espíritu cristiano; por esto es llamada tesoro de espíritu (*Vas spirituale*); de su rico manantial saca la abundancia de gracias con que riega el místico rosal de su devota familia, haciéndole florecer en espíritu y virtud.

AVE, MARÍA PURÍSIMA,  
SIN PECADO CONCEBIDA.



## ÍNDICE.

	PÁG.
Introduccion. . . . .	5

### PARTE PRIMERA.

#### NATURALEZA DEL ROSARIO.

CAPÍTULO I.—Esencia del Rosario. . . . .	15
CAP. II.—Orígenes é historia del Rosario. . . . .	32
CAP. III.—Simbolismo del Rosario. . . . .	49

### PARTE SEGUNDA.

#### MATERIA DEL ROSARIO, Ó ELEMENTOS DE QUE CONSTA.

CAPÍTULO I.—La señal de la cruz. . . . .	65
CAP. II.—El <i>Gloria Patri</i> . . . . .	70
CAP. III.—La Oracion dominical. . . . .	78
§ I.—De cinco excelencias que tiene la oracion del Padre nuestro. . . . .	83